

JULIO CESAR

Teniente Coronel José Roberto Ibáñez Sánchez.

La poderosa Roma, pudo llevar sus legiones victoriosas sobre Macedonia, Grecia, el Asia Menor y Egipto para consolidar un imperio universal sustentado en sus instituciones jurídicas y en las virtudes guerreras de sus legionarios. Pero en la medida que el imperio se agigantaba, paralelamente las condiciones políticas, económicas y sociales iban cambiando y transformando aquél ciudadano soldado de las guerras púnicas en un auténtico legionario que combatía por el botín y por su jefe, antes que por la patria. De la misma forma, la legión tomaba nuevos moldes basados psicológicamente en el interés del legionario y la lealtad hacia su caudillo, y físicamente en una formación más compacta y cohesionada, donde tenía cabida la plebe, los esclavos, los extranjeros y hasta los criminales, manipulados por la más férrea disciplina.

La nueva legión contaba con fuerte protección de caballería, la cual estaba organizada en turmas de 32 jinetes cada una, doce (12) turmas constituían un ala o regimiento de la legión. Las armas continuaban siendo las mismas aún cuando se incrementaron los velites y honderos y la táctica de asedio adquirió trascendental importancia. Así, la pérdida del espíritu militar nacional se vio equilibrada por un progreso gradual de la táctica legionaria y por la capacidad conductora de los generales que continuaron siendo a su vez caudillos y demagogos, tales fueron los casos de los Gracos, Mario, Sila, Pompeyo y César, protagonistas sucesivos de la grandeza romana y de la revolución hacia el imperio.

Julio César, hombre de vigorosa personalidad y un sentido poco común de la política, fue el personaje central de la

revolución romana y el fundador de una dinastía imperial que impuso la paz al mundo; así mismo, sus campañas militares, lo señalan como uno de los grandes capitanes de la antigüedad. Como miembro de un triunvirato con Graco y Pompeyo, le correspondió el gobierno de la Galia Cisalpina, pero su ambición le llevó a la conquista de las Galias y de la Bretaña al otro lado del mar, despejando por un tiempo la amenaza teutónica a los confines del Rhin. Estas campañas que él escribió, forjó entre sus legionarios un espíritu de admiración por su prodigiosa actividad; ya en la conducción de las batallas en casos desesperados; ya marchando al frente de su Ejército a pie y sin mayor comodidad, ya dictando simultáneamente dos despachos a la vez a dos de sus secretarios, ya organizando el gobierno de los países conquistados, ya derrotando ejércitos de galos revoltosos como el de Vercingétorix, quien con sus 100.000 galos fortificados en las defensas naturales de Alesia, cayó al fin ante la genialidad romana en la guerra de sitios.

Pero estas victorias y la forma de su gestor, se tornaron peligrosas para las libertades romanas aparentemente definidas por Pompeyo, cuando César desacatando al Senado, con una sola legión pasó el Rubicón y entró a Roma, mientras su rival huía a Grecia, aún cuando seguía controlando la flota y las legiones acantonadas en España. Por eso esbozó su plan de acción para consolidar su autoridad en los siguientes términos: "Voy a España a combatir a un ejército sin general, y luego a Oriente a combatir un general sin ejército".

Fue así, como en la campaña de España, tuvo como objetivo principal atraerse a las legiones pompeyanas a su causa, lo cual logró con maniobras sucesivas sobre las alturas de Ileida, donde se encontraban fortificados sus adversarios que de paso le doblaban numéricamente. Para ello desvió el curso del río Sicaris para obligarles a abandonar su fuerte posición, siguiéndoles de cerca y metiéndolos en una situación táctica precaria, donde rehuyó una victoria a la vista. Luego ante las intenciones de su adversario de replegarse a los desfiladeros del Ebro, hostigó sus flancos y retaguardia y mediante una rápida contramarcha le impidió lograr su objetivo y le colocó en una posición sin salida donde hubiera podido destruirle fácilmente, pero lo perdonó por segunda vez. A continuación

y mediante otra hábil contramarcha impidió a los pompeyanos el paso del Sicois y luego frustró su intento de volver al campo fortificado de Ileida, hasta que finalmente, con semejantes maniobras geniales y sus claras demostraciones de no presentarles batalla cuando estaban derrotados de antemano, logró socavar la lealtad de las legiones de Afranio, y Propeio que servían a Pompeyo y la posterior incorporación a su ejército de 70.000 prisioneros cuando su gesto de magnanimidad les ofreció la libertad de volver a Roma.

Restábase sólo a Julio César ir a Oriente a derrotar al general sin ejército, al cual encontró desmoralizado por la inactividad y el lujo y no tuvo mayores problemas para derrotarle en Farsalia. Pompeyo huyó a Alejandría, donde los egipcios con el propósito de agradecer a César, traidoramente le asesinaron.

Julio César permaneció en Egipto dos años en los brazos de la hermosa reina Cleopatra. Pero como los republicanos dispersos en Farsalia volvieron a Roma y se dieron a la tarea de pretender restaurar al antiguo régimen, incompatible ya con el poder absoluto que exigía la historia y el tiempo, después de combatir a los republicanos del Africa, volvió a Roma para proclamarse dictador y encontrar luego el puñal asesino en los Idus de marzo. El destino reservaba consumir las ideas de César a su sobrino Octavio, quien después de un brillante triunfo naval en Actium sobre Antonio y Cleopatra, dio comienzo al largo período de la "paz romana", finalmente sostenida por las legiones estratégicamente distribuidas en tan vasto imperio.

La dimensión del aparato militar romano, claramente se expresa en el siglo I de la era cristiana: 200.000 legionarios, 200.000 auxiliares y 50.000 tropas caseras de Roma, más los marinos que servían en su importante flota; es decir, medio millón de hombres velaban por la grandeza del imperio. Además, los romanos perfeccionaron en sumo grado, armas de apoyo que servían a la par, para la batalla abierta o la guerra de sitio, tales como la ballesta, la catapulta, el ariete, las torres de asalto y algunas otras, basadas en las construidas por Arquímedes de Siracusa, que encontraron en la imaginación de Vegecio (380 D. C.), amplia difusión.

Pero la ley estratégica de que una paz prolongada mina el espíritu militar más severo, no fue la excepción en Roma; las legiones empezaron por cambiar emperadores a su voluntad, como efecto de la pérdida paulatina de sus tradiciones militares que, desde luego, era consecuencia de la decadencia espiritual, desintegración moral y desorganización social que comenzó a insinuarse en el imperio. Luego vino el problema de las invasiones de los bárbaros, a su vez presionados allende las estepas por los mongoles y animados por el espejismo de Roma. Hasta que al fin, el coloso enfermo tuvo que rendir cuentas a la historia en Adrianópolis (378 A. C.), preludio a la posterior ocupación y saqueo de la ciudad por los Godos de Alarico (410 A.C.), con lo cual se selló una época de la historia política, económica, social y militar de la humanidad, para comenzar otra caracterizada por una reversión en el campo del pensamiento, aun cuando el hombre alcanzara a conquistar el nivel de siervo, muy superior en su valor de esclavo o cosa, en que hasta ahora había estado sumido.